

# Eduardo Lago

## La estela de Selkirk



EDUARDO LAGO

# La estela de Selkirk

Galaxia Gutenberg

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2025

© Eduardo Lago, 2025  
Todos los derechos reservados  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Gama, S.L.  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B 2431-2025  
ISBN: 978-84-10317-90-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

I

## Jimmy Zhivago

*Pink Cave – Hotel Marlton –  
Las cenizas de James English*

I

### *Pink Cave*

Todo empezó con la llegada a Pink Cave de una carta firmada por un tal Jimmy Zhivago, quien afirmaba tener en la cabeza una buena novela, pero no quería arriesgarse a escribirla sin que un editor de reconocida honestidad y solvencia se comprometiera antes en firme a publicarla.

«Me llamo Jimmy Zhivago y soy de Akron, Ohio, aunque desde hace cinco años vivo en San Francisco –escribía a modo de presentación–. Estoy plenamente convencido de que la novela será de gran interés para una editorial como Pink Cave. Solo un sello tan poco convencional como el suyo pasaría por alto el detalle de que aún no haya escrito la primera palabra.» Aquello era de por sí bastante llamativo, pero mi atención saltó directamente a una frase que vi en el párrafo siguiente: «El dinero es para mí lo de menos». Pausa. «A lo que no estoy dispuesto en modo alguno es a dedicar los próximos años de mi vida a algo de lo que al final podría no quedar constancia alguna.»

¿Qué clase de individuo era capaz de escribir algo así? Salté varias líneas más y leí: «Tengo la seguridad de que si acceden a recibirme en persona los convenceré y llegaremos a un acuerdo satisfactorio para ambas partes». La vista me volvió a saltar en diagonal a una frase subrayada: Me importa un bledo no tener lectores... Cuando leí aquello sentí que había llegado el momento de enseñarle la carta a Norman Clarkson, nuestro director editorial, y me dirigí sin previo aviso a su despacho.

A través del cristal esmerilado de la puerta vi que se encontraba reunido con alguien que estaba de pie delante de su mesa. Por el perfil de su silueta me di cuenta de que era Lester Himes, el jefe de producción. Lo adecuado hubiera sido esperar, pero me moría de curiosidad por saber cómo se tomaría aquello Clarkson, de modo que di unos golpecitos en el cristal con los nudillos y entré sin más en el despacho.

Perdón por la interrupción, pero acaba de llegar una carta que necesito enseñaros sin dilación. A ver qué os parece.

Brooke, si no te importa, estábamos... empezó a decir Lester.

Lo sé, lo sé, pero esto es algo verdaderamente insólito, creedme. Será solo un momento. Es la propuesta más disparatada que he leído en todos los años que llevo trabajando como editora, pero eso mismo me hace sospechar que hay algo detrás. Mira esto, Norman.

Le di la carta y le sugerí que la leyera en voz alta. Lester me fulminó con la mirada y se resignó a tomar asiento. Yo me quedé de pie, detrás de él. El director de Pink Cave examinó los folios, se rascó la cabeza y em-

pezó a leer, primero solo para sí, farfullando, luego de manera algo más inteligible, hasta que llegó a un punto en que por fin se entendió con claridad lo que decía:

«Tras darle considerables vueltas al asunto –le oímos decir–, he tomado la decisión de ofrecer la novela a Pink Cave, porque es una editorial que no apuesta por lo obvio y eso es para mí una garantía.»

¿Garantía de qué? preguntó Lester, girando la cabeza y lanzándome una mirada asesina.

Clarkson siguió leyendo, impertérrito.

«Algo me dice, queridos amigos de Pink Cave, que acabarán por tomarse en serio mi propuesta. No se arrepentirán. Y no se preocupen. No pasaré de pedirles que escuchen un resumen de lo que sería la novela, de manera parecida a lo que según tengo entendido se hace en Hollywood cuando alguien quiere vender una película y los ejecutivos le conceden al iluso de turno unos minutos para contarla, no sea que haya en ella algo sólido y real.»

Norman alzó las dos cejas a la vez.

¿Sólido y real? maulló Lester. ¿Iluso de turno? Eso es lo que somos nosotros.

Está bien, Lester, interrumpió Clarkson con gesto perentorio. Déjame seguir. Me fío del instinto de Brooke.

«Consciente del valor de su tiempo –leyó–, pero seguro de que no lamentarán dedicármelo, me atrevo a solicitar que me concedan media hora de tan valiosa e inasible sustancia.»

Encima pedante, sibiló Himes... ¿Y qué es eso de media hora? ¿No había dicho que se conformaba con unos minutos?

Norman lanzó una mirada de reproche a su jefe de producción, que daba señales crecientes de estar perdiendo la poca paciencia que le quedaba.

«Con menos no me resultaría posible darles una idea mínimamente coherente de la novela que me gustaría escribir.» Lester miró a su alrededor como si quisiera comprobar que su cabeza era capaz de efectuar un giro de 360° sin que se le cayera al suelo, pero esta vez no dijo nada. El director de Pink Cave continuó leyendo: «Falta un detalle que considero importante precisar: aunque lo que me propongo escribir es una novela, no es exactamente ficción, pues la historia en la que se basará es rigurosamente verídica».

¿No tiene nada más original que decir? preguntó el jefe de producción de Pink Cave, al borde del colapso.

Ten paciencia, Lester, me apresuré a decir. Es casi el final de la carta. ¿Por qué no lees tú mismo el último párrafo? A lo mejor así te tranquilizas.

Sí, claro, lo que me faltaba. Léelo tú, que eres quien ha tenido la genial idea de obligarnos a escuchar semejante estupidez.

Norman me pasó la carta.

«Si, como creo que acabará por suceder –leí–, lo que tengo intención de contarles les parece lo suficientemente convincente, habría que firmar un contrato.»

Lester no pudo evitar escupir el sorbo que acababa de darle a su café.

«Dándole las gracias por su tiempo y atención, les envía un saludo muy cordial... Jimmy Zhivago. Firmado en San Francisco, el 4 de junio de...»

Clarkson me devolvió la carta.

Gracias, Brooke.

Hay algo más, le dije, mostrándole un par de hojas que iban adjuntas a los folios manuscritos. Echadle un vistazo a esto, por favor.

¿Qué clase de idiotez es esta, Brooke? estalló Lester.

Norman cogió los papeles y le conminó a su empleado a callarse.

El jefe de producción de Pink Cave alzó en el aire las galeradas de un manuscrito, recordándonos que habíamos pagado por él un adelanto considerable, y lo agitó como si fuera una antorcha con la que se proponía pegar fuego a la editorial.

Si quieres perder el tiempo con majaderías, dijo, dirigiéndose a la puerta, es tu funeral, Norman. Volvió a agitar la antorcha imaginaria en el aire. En fin, intentaré apagar el incendio como pueda.

Rojo de ira, salió del despacho e inexplicablemente no llegó a dar un portazo. Norman se puso a examinar las hojas que Zhivago había adjuntado a su carta. Cuando hubo terminado, me las devolvió.

En la primera cuartilla había una sinopsis de los dos primeros capítulos de la novela, y en la segunda, un esquema en el que figuraban detalles mínimos de los siguientes. En lugar de un resumen del argumento, Zhivago adjuntaba una tarjeta en la que aparecían una serie de nombres de lugar en los que se desarrollaría la acción de la novela. En una nota escrita en una ficha de cartulina aclaraba que por el momento no era posible saber lo que ocurriría en ellos, pues había muchos aspectos de la historia que aún estaban en el aire. (Entre paréntesis Zhivago añadía enigmáticamente que ese era el mayor reto que plantearía la novela.)

Lo dejé todo encima del escritorio de Norman.

No sé, Brooke, ¿a ti qué te parece? me preguntó mi jefe.

No perdemos nada por escucharlo. Yo le daría una oportunidad. Que nos explique qué se propone hacer.

Como hacía siempre que necesitaba tomar una decisión que le costaba, Clarkson se acercó al inmenso ventanal que da a Broadway y estuvo un rato contemplando el tráfico.

Dale una cita, dijo por fin.

Tres días después Jimmy Zhivago estaba sentado en aquel mismo despacho conmigo, Norman Clarkson y Lester Himes. Parecíamos un tribunal que se disponía a examinar a un opositor. Norman plantó los codos en los brazos del sillón, cruzó los dedos y apoyó el mentón en ellos, como suele hacer cuando se dispone a escuchar algo que exige toda su atención.

Puede disparar cuando quiera, dijo Lester, extrañamente calmado, teniendo en cuenta que cuando Norman le comunicó que había aceptado recibir a Zhivago y quería que él estuviera presente para escuchar su historia, se pasó tres días sin hablar con nadie. Nuestro invitado nos miró atentamente uno por uno antes de dar comienzo a su relato.

Mi nombre, como saben, arrancó a decir con aire muy tranquilo, es Jimmy Zhivago y soy de Akron, Ohio (aquel detalle parecía ser particularmente importante para él, pues también lo mencionaba con énfasis en la carta).

Como Jim Jarmusch, dijo Lester soltando un bufido.

Desde niño, continuó Zhivago sin darse por aludido, no he parado de viajar un solo instante. Es algo que les

debo a mis padres, que por motivos de trabajo tenían que desplazarse a todo tipo de lugares. Siguiendo su ejemplo, también yo suelo viajar a puntos muy remotos del planeta. No siempre soy yo quien los elige. Con esto quiero decir que, además de los viajes que emprendo por cuenta propia, hago bastantes por encargo. En el fondo, para mí no hay mucha diferencia entre unos y otros. Lo único que me importa es que al final haya una buena historia.

No, si al final va a resultar que se cree de verdad que es escritor, dijo Himes con saña.

Lester... atajó Norman.

Pues sí, soy escritor, interrumpió Zhivago desafiante. De hecho, es la razón por la que estoy aquí, o eso creía.

Le pido disculpas, me interpuse. No es nuestra intención ofenderle.

No me siento ofendido. Reconozco que mi propuesta es muy extraña. Además, no saben nada de mí.

Según Google, comentó Lester en tono despectivo, es autor de un puñado de reportajes y un par de títulos de ficción que no dicen nada a nadie. Ni siquiera tiene una entrada en Wikipedia. Los escritores profesionales, al menos los que yo conozco, primero escriben una novela y luego tratan de venderla, no al revés.

Tengo razones para actuar así.

¿Ah, sí? No me diga. ¿Qué razones, si se lo puedo preguntar?

Se las diré si se toma la molestia de escucharme.

¿Y qué cree que estamos haciendo aquí con todo el trabajo que tenemos entre manos?

¿Por qué no le dejas que cuente las cosas a su modo, Lester? supliqué.

Estoy tratando de desenmascararlo, eso es todo. Si no puedo decir nada no sé para qué me habéis pedido que esté presente en este simulacro de mitin.

En estos momentos tu cometido no es hablar sino escuchar, intervino Clarkson. ¿Qué le parece si entramos en materia, Zhivago? No vamos a aplicar a rajatabla lo de concederle media hora cronometrada, pero tampoco tenemos mucho más tiempo. A la una tengo una cita importante.

Jimmy Zhivago ajustó su postura en el sillón y dio comienzo a su historia.

Una mañana, estando en mi casa de la calle Kearney en San Francisco, unas semanas después de regresar de un largo viaje que hice al archipiélago de Juan Fernández, alguien empezó a llamar al timbre del portal de manera apremiante.

¿Quién es ese Juan Fernández, algún compinche suyo? Ah, no, perdón, un archipiélago. ¿Y dónde queda si se puede saber? interrumpió Lester, siempre insolente.

Frente a las costas de Chile, a unos ochocientos kilómetros de Valparaíso... Yo no esperaba a nadie, lo más probable es que fuera alguien que querría echar publicidad al buzón, de modo que decidí no contestar, pero siguieron llamando con tanta insistencia que por fin pulsé el botón de voz. ¿Jimmy Zhivago? oí que preguntaban... No contesté, dispuesto a deshacerme de quien fuera, pero de repente el tipo que estaba abajo dijo algo que me hizo cambiar de opinión. Necesito hablar con usted de Selkirk, escuché atónito.

Y dale con los nombrecitos, interrumpió de nuevo Lester, ¿qué es eso de Selkirk?

Una de las islas del archipiélago se llama así. Se lo pensaba decir a continuación. Le agradecería que tuviera un poco más de paciencia, señor Himes.

Lester no dijo nada. Zhivago se acarició la sien.

Intrigado, continuó diciendo, esperé la llegada del ascensor en el rellano de la escalera. Al cabo de unos instantes se abrieron las puertas y ante mí apareció un individuo de aspecto difícil de describir, aunque intentaré hacerlo. Llevaba pantalón de cuadros de colores, cazadora vaquera, pintada por encima con trazos que remedaban un grafiti callejero, y una gorra de béisbol con el logo de los San Francisco Giants, con la visera al revés. Del bolsillo de la cazadora asomaba una revista doblada por la mitad.

Steve Fleming, de Scott & Johnson. Gracias por recibirme, soy consciente de que no es la mejor manera de presentarse, dijo y me dio la mano. Lo invité a entrar. Nos sentamos en el salón. Me fijé en el resto de su estrafalario atuendo. Calzaba unas zapatillas de cuero de color naranja eléctrico del 45 como mínimo, sin calcetines. Me costaba encajar el aspecto de aquel individuo con la idea que me había hecho de la agencia que decía representar. Le pedí que me explicara qué quería de mí una firma como Scott & Johnson. Sacó la revista del bolsillo de la cazadora, la puso encima de la mesa y la abrió por la primera página de un reportaje sobre la isla de Selkirk escrito por mí que había aparecido un par de días antes en el dominical del *San Francisco Chronicle*.

Mi jefe, Oscar Lee Pedersen, Pedersen para abreviar, dijo, se tropezó el otro día con esto por casualidad.

¿A su jefe le interesan las crónicas de viaje?

No se trata de eso, respondió. Lo que le llamó la atención es que escribiera sobre una isla de la que nadie sabe nada. Tiene que ver con uno de nuestros clientes, que por lo visto ha estado allí. ¿Qué se le perdió en Selkirk, Zhivago? Eso es lo que le gustaría saber a nuestro cliente. Por eso estoy aquí.

¿Qué es esto? barbotó Lester y se puso en pie de un salto. ¿Una escena barata de microteatro? ¿Es a esto a lo que se refería con lo de contar películas como en Hollywood?

¿Puedo seguir? preguntó Zhivago.

¿Cuánto tiempo le ha llevado ensayar esta pantomima? bramó el jefe de producción de Pink Cave. Parecía que en cualquier momento se iba a abalanzar sobre nuestro invitado. Norman me miró primero a mí, después a Zhivago, y dirigiéndose a él dijo cortante:

Siga, por favor.

He tenido suficiente, atajó Lester, y salió con malos modos del despacho. Esta vez no se privó de dar un portazo, aunque no fue demasiado violento.

Fleming, siguió diciendo Zhivago, puso delante de mis ojos el magazine del *Chronicle* abierto por una de las páginas de mi reportaje, como si hubiera cometido un crimen escribiendo aquello. Reconocí el embarcadero de Selkirk, flanqueado por los cascos destrozados de dos pesqueros que se habían estrellado contra las rocas, en las que habían plantado sendas cruces de color blanco. Yo mismo había sacado aquella foto.

¿Cuándo me va a decir qué quiere exactamente de mí una firma como Scott & Johnson? volví a preguntarle a mi inopinado visitante.

Fleming hizo un rollo con la revista y la volvió a guardar en el bolsillo de la cazadora.

El hallazgo de su artículo fue providencial para nosotros. Pedersen se tropezó con él unos días después de recibir la llamada de una clienta anónima que le pidió que se ocupara de algo a lo que se refirió como «los papeles de Lexington». Quédese con la expresión, pero no se moleste en preguntarme qué quiere decir porque nosotros tampoco lo sabemos. Fleming sacó del bolsillo un cigarrillo electrónico, le dio una calada y, exhalando una nube de vapor que olía a frutas del bosque, dijo: Bueno, sabemos una sola cosa, que los papeles que acabo de mencionar están relacionados de alguna manera con la isla de Selkirk, lugar del que jamás habíamos oído hablar, de ahí la sorpresa que nos causó tropezarnos con su artículo. Le pregunté a Fleming cómo había dado con mi dirección y me contestó que su trabajo consistía en hacer ese tipo de averiguaciones.

En ese instante alguien golpeó tímidamente con los nudillos en el cristal esmerilado de la puerta y Luz, la secretaria, asomó la nariz para anunciar que faltaban diez minutos para la cita que tenía Norman con Salman Rushdie.

Se me había olvidado por completo, dijo nuestro director editorial. Está bien, Luz, muchas gracias.

Todo esto es sumamente interesante, le dijo Norman a Zhivago, dando por terminada la entrevista. Si no le importa, le ruego que tenga la amabilidad de esperar fuera un momento. Me gustaría cambiar impresiones con mi colega. Enseguida estamos con usted.

¿Qué te parece? me preguntó Norman, cuando nuestro invitado salió del despacho.

Lester tiene razón. Su propuesta es un disparate, pero sigo teniendo la misma sensación que cuando abrí la carta. Hay algo ahí. ¿Qué te parece a ti?

Norman se acercó al ventanal y se quedó observando el tráfico de Broadway.

¿Qué tienes ahora mismo entre manos, Brooke? preguntó al cabo de unos momentos sin darse la vuelta.

Richard Price.

Es verdad. ¿Has empezado?

Iba a hacerlo.

Déjalo.

¿Qué quieres decir? ¿Quién se va a ocupar entonces?

David.

Pero si solo es un becario y Price no es precisamente fácil de editar.

A lo mejor no hace falta ni que empiece. Ten una conversación a fondo con Zhivago a ver qué sacas en claro. Si ves que no hay mucho que rascar lo despachamos.

¿Qué tienes en mente?

Vamos a darle una oportunidad, pero sin miramientos ni contemplaciones. Tensa la cuerda todo lo que puedas.

¿Qué quieres decir con eso? No te sigo.

Zhivago se ha tomado la molestia de venir desde San Francisco con la única intención de vendernos una novela que ni siquiera ha empezado a escribir. Escúchale mientras lo que te cuente sea de interés. En el momento en que tengas claro que ahí no hay nada para nosotros, cortas.

Como el Sultán con Sherezade.

Solo que con un par de noches tendrás suficientes elementos de juicio para zanjar el asunto.

Muy bien, como acabas de decir, Zhivago ha venido desde San Francisco solo para esto y, aunque es muy poco lo que ha contado, ha conseguido intrigarme.

También a mí. La historia empieza bien. Veremos cómo sigue.

Entretanto necesitará alojamiento para un par de noches.

Resérvale una habitación en el Marlton.

Perfecto, eso haré.

Explícale las cosas con toda claridad. Que no tenga ningún tipo de expectativas infundadas.

Descuida.

Cuando salí, Zhivago estaba de pie en el recibidor, hablando con Luz.

Hemos pensado que... empecé a decir, dirigiéndome a él.

En aquel momento sonó el timbre y Luz salió precipitadamente a abrir la puerta. Unos segundos después, volvía acompañada de Salman Rushdie. El escritor anglo-indio llevaba un traje negro muy elegante, camisa rosa sin corbata y unas zapatillas de deporte de cuero blanco que parecían dirigibles. Al pasar a nuestro lado nos miró por debajo de sus párpados caídos y sonrió. Luz lo acompañó solícita a la sala de reuniones.

Hemos decidido darle una oportunidad, Zhivago, le dije al extraño aspirante al puesto de novelista de la cuadra Pink Cave. Norman me ha pedido que tenga una conversación a fondo con usted a fin de hacernos una idea más clara de las posibilidades de su proyecto de novela. Supongo que necesitará un lugar donde alojarse en Nueva York.

Jimmy Zhivago clavó la vista en la alfombra como si estuviera buscando un billete de cien dólares y asintió.

## Índice

1. Jimmy Zhivago . . . . .	7
2. De bares, hoteles y naufragios. . . . .	51
3. Los dados de la muerte regresan al cubilete. . . . .	95
4. Der Kartograph . . . . .	151
5. Ostsee. . . . .	195
6. Führerstandarte . . . . .	241
Epílogo . . . . .	289